

Vejamen humorístico del Manzanares en el Parnaso de Quevedo

(Apostillas a un romance burlesco)

Alberto SÁNCHEZ *

Talía, musa jocoseria

Los lectores y estudiosos de Quevedo tienen contraída una deuda impagable con el profesor José Manuel Blecua por su excelente edición crítica de todas las poesías del genial satírico, antes tan revueltas y disturbadas (1).

Bajo el patrocinio barroco de Talía, la musa sexta del *Parnaso Español* (1648), la dama de bastón y de la mascarilla cómica (como si dijéramos del flagelo satírico y de la broma festiva) se agavillaron un conjunto de poesías que el autor había considerado *burlescas*. Es decir, «descripciones graciosas, sucesos de donaire y censuras satíricas de culpables costumbres, cuyo estilo es todo templado de burlas y de veras».

Claro que Góngora había calificado de *bucólica* a la musa Talía en la primera octava de su *Fábula de Polifemo*, lo que desazonó un tanto a sus apasionados escoliastas; pero es cierto que lo más frecuente había sido la atribución de la comedia a Talía, como lo refleja un poema de Juan de la Cueva, menos que mediano, prosaicamente encaminado a dilucidar los *Inventores de las cosas* (1607).

Las sacras Musas fueron inventoras:
de las historias fue la bella Clío;
a Melpómene aplican las tragedias;
las cómicas acciones a Talía;
Euterpe hizo resonar la flauta, etc.

(*) Catedrático del I.B. «Cervantes» de Madrid.

(1) Vid. Francisco de Quevedo, *Obra Poética*. Edición de José Manuel Blecua, Ed. Castalia, Madrid, 4 vols., 1969, 1970, 1971 y 1981.

Al amparo de la Talia quevedesca figura un buen conjunto de sonetos, como el dirigido al mosquito de trompetilla, y el popularísimo que comienza «Érase un hombre a una nariz pegado» para terminar en diversas afirmaciones hiperbólicas, con variantes acreditadas (2); o el que degrada festivamente la fábula mitológica de Apolo y Dafne: «Bermejazo platero de las cumbres / a cuya luz se espulga la canalla»...

Pero abundan mucho más los romances, de más fácil andadura, preferidos por Quevedo para beneficiarse de su docilidad de adaptación a toda clase de diabluras estilísticas. En todas estas composiciones predomina la intención lúdica y una gran audacia lingüística al servicio del «puro deleite intelectual» (3).

Es muy conocido su romance de la *Boda de negros*, donde el humor se oscurece entre negruras obsesivas, casi alucinantes y superrealistas; o la graciosa enumeración de frutas y hortalizas en *Boda y acompañamiento del campo*, que nos recuerda el verde escuadrón de las huestes de D.^a Cuaresma en el *Libro de Buen Amor*.

Entre estos romances no falta el motivo barroco de la desmitificación de los grandes héroes históricos o legendarios; baste aducir el de la *Pavura de los Condes de Carrión*, con la feroz caricatura del Cid, durmiendo la siesta «boquiabierto y cabizbajo / roncando como una vaca». O la fábula mítica de Hero y Leandro, degradados «en paños menores» y «pasados por agua», con chistes que se repitieron hasta la saciedad (4).

Del mismo tenor es el romance del *Testamento de Don Quijote* del que me he esforzado por demostrar que se trata de una burlona interpretación del *Quijote* cervantino de 1605 y no del de 1615, como algunos críticos han defendido (5). Por su parte, Ramón Díaz-Solis intenta aproximar este romance al *Quijote* apócrifo de Avellaneda (6); pero no creo que la composición de Quevedo pueda relacionarse con el falso hidalgo manchego, salvo en la deformación caricaturesca del personaje (por supuesto, mejor considerado en el romance que en el libro de Avellaneda).

Para mí, el tono del *Testamento* quevedesco sigue y amplifica la línea esbozada en los cómicos epitafios de los «académicos de Argamasilla», con los que termina Cervantes su tomo primero. Como dice muy bien Blecua, la expresión de Quevedo «siempre es amplificadora, no sugeridora como la de Góngora».

Tampoco se ha insistido lo suficiente en que la actitud de Sancho Panza en el romance, aconsejando a su señor el olvido de las quimeras caballerescas y la asistencia religiosa en los últimos instantes, es radicalmente opuesta a la del Sancho auténtico ante el lecho de muerte del hidalgo Quijano, a quien preten-

(2) Hace tiempo dediqué a este soneto un comentario escolar. Cfr. Alberto Sánchez, «Explicación de un soneto de Quevedo para alumnos de Bachillerato», *Revista de Educación*, XV, n.º 45, Madrid, 1956, págs. 4 y 5.

(3) Vid. Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres, *Manual de Literatura Española, III, Barroco: Introducción, prosa y poesía*, Edics. Cénlit, Tafalla (Navarra), 1980, pág. 722.

(4) Vid. Quevedo, *Poesía varia*, edición de James O. Crosby. Ed. Cátedra, Madrid, 1981, págs. 476-486.

(5) Vid. Alberto Sánchez, «Cervantes y Quevedo: dos genios divergentes del humor hispánico», *El Ingenioso Hidalgo*, n.º 57, año XX, 1981, págs. 5-38.

(6) Cfr. Ramón Díaz-Solis, *Avellaneda en su Quijote*, Edics. Tercer Mundo, Bogotá (Colombia), 1978, págs. 324-332.

día animar en sus decaídas ilusiones poéticas. De ahí que Unamuno considerase a Sancho como el heredero del espíritu de Don Quijote (7).

Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, en su edición pionera de las *Obras* de Quevedo, en la Biblioteca de Autores Españoles, afirmaba que el discutido romance habría sido compuesto durante la breve estancia del gran poeta satírico en Argamasilla de Alba el año 1608 (8), lo cual reforzaría mi opinión, basada en razones puramente estilísticas. Pero se trata de una conjetura, sin suficiente base documental, aunque haya sido admitida por Pedro Padilla Amat en un opúsculo de nuestros días (9).

Otros muchos romances brotaron de la pluma caústica y zumbona de Quevedo, pero en esta ocasión me atrae el análisis del que reunió en íntima compenetración dos temas de cierta resonancia en las letras de la época: el vejamen o diatriba jocosa del río Manzanares y la sátira festiva de varias *figuras* o figurillas de la Corte, que se bañarían en el desmedrado caudal.

Para facilitar la relectura del poema y la localización de nuestro comentario, transcribiremos el romance numerando las 25 cuartetas en que aparece dividido, según práctica frecuente en el romancero artístico del Siglo de Oro. Por supuesto, seguiremos el texto fijado magistralmente por Blecua (10).

Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan

- 1 «Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río,
platicante de Jarama,
buena pesca de maridos;
- 2 »tú que gozas, tú que ves,
en verano y en estío,
las viejas en cueros muertos,
las mozas en cueros vivos;

(7) «Es Sancho, es tu fiel Sancho, es Sancho el bueno, el que enloqueció cuando tú curabas de tu locura en tu lecho de muerte, es Sancho el que ha de asentar para siempre el qui jotismo sobre la tierra de los hombres». (Vid. Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Espasa-Calpe, Madrid, cito por la 6.ª edición, 1938, págs. 334-335).

(8) Son muy pintorescas las circunstancias en que se compuso el romance, de creer a Fernández-Guerra en su *Vida de Quevedo*, incluida en el tomo I de sus *Obras* en la BAE. Parece que después de una enfermedad, Quevedo pasó el verano de 1608 en su señorío manchego de la Torre de Juan Abad. «A su vuelta a Castilla, se le encojó la mula y tuvo que pernoctar en Argamasilla de Alba, en la casa del párroco. Visitáronle los caciques y ricachos, e instándole juntamente con el huésped a que improvisase algunas coplas, rompió el rasgo, haciendo en un romance el *Testamento de Don Quijote*; ¡tanta era ya la popularidad de *El ingenioso hidalgo de La Mancha*!» (Vid. D. Francisco de Quevedo y Villegas, *Obras I*, colección completa, corregida, ordenada e ilustrada por don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, BAE, tomo 23, pág. XLIV, Rivadeneyra, Madrid, 1852. Hay nueva edición en Madrid, Atlas, 1946, exactamente reproducida de la 1.ª).

(9) Cfr. Pedro Padilla Amat, *Cervantes en Argamasilla de Alba (Monografía histórica de su término y vinculación con las órdenes militares de Santiago y San Juan)*, Gráficas Arca, Madrid, 1981.

(10) Vid. Francisco de Quevedo, *Poesía original completa*, edición, introducción y notas de José Manuel Blecua, Ed. Planeta, Barcelona, 1981, págs. 879-882.

- 3 »ansi derretidas canas
 de las chollas de los riscos
 remozándose los puertos,
 den a tu flaqueza pistos,
- 4 »pues conoces mi secreto,
 que me digas, como amigo,
 qué género de sirenas
 corta tus lazos de vidrio.»
- 5 Muy hético de corriente,
 muy angosto y muy roído
 con dos charcos por muletas,
 en pie se levantó y dijo:
- 6 «Tiéneme del sol la llama
 tan chupado y tan sorbido,
 que se me mueren de sed
 las ranas y los mosquitos.
- 7 »Yo soy el río avariento
 que, en estos infiernos frito,
 una gota de agua sola
 para remojar me pido.
- 8 »Estos, pues, andrajos de agua
 que en las arenas mendigo,
 a poder de candelillas,
 con trabajo los orino.
- 9 »Hácenme de sus pecados
 confesor, y en este sitio
 las pantorrillas malparen;
 cuerpos se acusan postizos.
- 10 »Entre mentiras de corcho
 y embelecos de vestidos,
 la mujer casi se queda
 a las orillas en lio.
- 11 »¿Qué cosa es ver una dueña,
 un pésame dominico,
 responso en caramanchones,
 medio nieve y medio cisco,
- 12 »desnudarse de un entierro
 la cecina de este siglo,
 y bañar de ánima en pena
 un chisme con dominguillos?
- 13 »Enjuagaduras de culpas
 y caspa de los delitos
 son mis corrientes y arenas:
 yo lo sé, aunque no lo digo.

Vejamen humorístico del Manzanares...

- 14 »Para muchas soy colada,
y para muchos, rastillo;
vienen cornejas vestidas,
y nadan después erizos.
- 15 »Mujeres que cada día
ponen con sumo artificio
su cara, como su olla,
con su grasa y su tocino.
- 16 »Mancebito azul de cuello
y mulato de entresijos,
único de camisón,
lavandero de sí mismo.
- 17 »No todas nadan en carnes
las señoras que publico:
que en pescados abadejos
han nadado más de cinco.
- 18 »Por saber muchas verdades,
con muchas estoy malquisto:
de las lindas, si las callo;
de las feas, si las digo.
- 19 »Ya fuera muerto de asco,
si no diera a mis martirios
Filis, de ayuda de costa,
tanto cielo cristalino.
- 20 »Río de las perlas soy,
si con sus dientes me río,
y Guadalquivir y Tajo,
por lo fértil y lo rico.
- 21 »Soy el Mar de las Sirenas,
si canta dulces hechizos,
y cuando se ve en mis aguas,
soy la fuente de Narciso.
- 22 »A méritos y esperanzas
soy el Lete, y las olvido;
y en peligros y milagros
hace que parezca Nilo.
- 23 »A rayos, con su mirar,
al sol mesmo desafío,
y a las esferas y cielos,
y planetas y zafiros.
- 24 »Flor a flor y rosa a rosa,
si abril se precia de lindo,
de sus mejillas le espera
cuerpo a cuerpo el Paraíso.
- 25 »Las desventuras que paso
son estas que he referido,
y éste el hartazgo de gloria
con que sólo me desquito.»

El río Manzanares como tópico burlón

Son varios los autores modernos, entre los que destacaremos a Ramón Gómez de la Serna y don José Deleito y Piñuela, distinguidos en la selección de una copiosa antología de las bromas inspiradas por el Manzanares a los poetas, novelistas y dramaturgos del Siglo de Oro (11).

Incluso el bondadoso Cervantes, en su novela de *La gitanilla*, hubo de sumarse al tema, con delicada atenuación, al ponderar las gracias de la protagonista:

Entre pobres aduare,
¿cómo nació tal belleza?
O ¿cómo crió tal pieza
el humilde Manzanares?
Por esto será famoso
al par del Tajo dorado
y por Preciosapreciado
más que el Ganges caudaloso.

De Lope de Vega cabría espigar un abundante florilegio dispar, entre bromas y veras, más crecido en la línea zumbona que en la alabanza desmedida, sin faltar ésta, desde las *Rimas humanas* hasta *La Dorotea*.

Que si en las primeras composiciones pudo cantar con hipérbole desmesurada:

De hoy más las crespas sienas de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa...

Todavía insistió en la comedia de *Los melindres de Belisa*, donde no vacila en llamarle *ilustre río*, e incluso añade:

pues besando cristal resultas oro,
en que eres ya, dorado Manzanares,
del Tajo enojo, emulación de Henares.

En cambio, un soneto contrasta la magnitud del puente de Segovia frente a la insignificancia del río que le aguanta y amargamente se queja:

Quitenme aquesta puente, que me mata,
señores regidores de la Villa,
miren que me ha quebrado una costilla,
que, aunque me viene grande, me maltrata.

Y en el acto 2.º de *La Dorotea*, recopila por su cuenta un breve ejemplario de los detractores del río.

(11) Cfr. «El seco Manzanares», cap. XLI del *Elucidario de Madrid*, por Ramón Gómez de la Serna (CIAP, Renacimiento, Madrid, 1931) y el cap. XIV de *Sólo Madrid es Corte (La capital de dos mundos bajo Felipe IV)* por José Deleito y Piñuela, Espasa-Calpe, Madrid, 1942.

CELIA.—...¿Pensabas que era el Betis como nuestro Manzanares, río con mal de piedra, todo arenas, por quien dijo don Luis de Góngora, aquel famoso cordobés, que un jumento le orinó el invierno, y otro se le bebió el verano?

DOR.—Manzanares no se precia de profundo; que es como ingenio cortésano: oropel y ruido de orillas sí, y de seguridades...

CEL.—Sí; pero ¿cómo puedes negar la culpa que tiene en que siendo los veranos tan humilde, se deja entrar de mil géneros de hombres y mujeres, hecho un valle de Josafat? Lastimosa libertad de la Corte, no poco murmurada de los que saben cuánto importa en las mujeres la honestidad y en los hombres el recatarla de tantos ojos. Liñán de Rianza, ingenio ilustre, habló en los paños que lava, cuando dijo que era Manzanares

Rico de plantas de pies
y de agua menguado y pobre.

Pero más satírico el otro poeta que dijo por el mismo:
que no son álamos todos
los que en el agua se ven (12).

En *El diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara pueden leerse una sarta de chistes barrocos, entre los que aduciremos el presente texto del tranco VIII: «se llama río, porque se ríe de los que van a bañarse en él, no teniendo agua; que solamente tiene regada la arena, y pasa el verano de noche, como río navarrisco, siendo el más merendado y cenado de cuantos ríos hay en el mundo. El de más caudal es, dijo don Cleofás, pues lleva más hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares».

Muy citado es también el romance de Tirso de Molina, incluido en el tercero de los *Cigarrales de Toledo*. Se ríe del Manzanares, al que considera «caduco y viejo», despeado y enfermo de gota, al que se pronostica una muerte de «mal de orina». Con mucha más gracia se le compara con las instituciones docentes de mayor prestigio en la época: «Como Alcalá y Salamanca / tenéis (y no sois Colegio) / vacaciones en verano / y curso sólo el invierno». O con el lastimoso pedigüño de prebendas oficiales: «¿Cómo, decid, Manzanares, / tan poco medrado os vemos, / pretendiente en esta Corte / y en Palacio lisonjero?» (13).

Quizá el autor que más se ensañó contra el popular río madrileño fuese Góngora, enconado rival de Quevedo pero igualmente exagerado en la expresión desrealizadora, si bien por otros rumbos.

Forzoso es recordar en primer término el soneto aludido por Lope de Vega en *La Dorotea*, como acabamos de ver. Es el que comienza:

Duélete de esa puente, Manzanares;
mira que dice por ahí la gente
que no eres río para media puente,
y que ella es puente para muchos mares...

El chocarrero endecasílabo final —«Bebióme un asno ayer, y hoy me ha meado»— lo cita Lope de memoria y resulta pintorescamente trabucado: «un jumento le orinó el invierno y otro se le bebió el verano».

(12) Vid. Lope de Vega, *La Dorotea*, Edición de Edwin S. Morby, Ed. Castalia, Madrid, 1958, págs. 139-141.

(13) Vid. Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, edición transcrita y revisada por Víctor Said Armesto, Renacimiento, Madrid, s.f., págs. 240-243.

También escribió Góngora un romance que comienza con la misma reduplicación que el de Quevedo, para seguir luego por otros derroteros asimismo descalificadores: «Manzanares, Manzanares, / vos que en todo el acuatismo / Du-que sois de los arroyos / y Vizconde de los ríos»... (14). De análoga iniciación, quedó un tanto en la penumbra si se le compara con la popularidad del de Quevedo, comentado en estas páginas.

Creo que el ingenio mordaz de Quevedo ha superado a todos los ingenios de aquel tiempo en la invectiva cómica del Manzanares, tanto por la riqueza de sus buidos matices, como por alcanzar el límite extremo en la desrealización evanescente.

No sólo en el romance a que nos referimos, sino en otras composiciones se burla nuestro gran satírico del río madrileño, bien mediante menciones episódicas y ridiculizadoras, bien situándolo de nuevo en primer término.

Así, la letrilla *Después que me vi en Madrid / yo os diré lo que vi* (quizá escrita hacia 1604, como quería Astrana Marín, por la coincidencia del traslado de la Corte a Valladolid) termina con una maliciosa alusión:

No hay quien sus males soporte,
pues por no le ver su río,
huyendo corre con brío
y es arroyo baladi.
*Yo os diré lo que vi
después que me vi en Madrid* (15)

En sus últimos años y en ocasión tan poco propicia a la chanza y la broma como la que le deparó su prisión en San Marcos de León, reincide con regodeo amplificatorio en el tema del romance que venimos examinando. El poeta se refugiaba en la poesía como consuelo de su misero estado.

Es otro romance, de 188 versos frente a los cien redondos del primero. Podemos observar, de entrada, el paralelismo de los títulos:

1.º *Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan*: «Manzanares, Manzanares».

2.º *Describe el río Manzanares cuando concurren en el verano a bañarse en él*: «Llorando está Manzanares...» (16).

Asimismo conciertan en las asonancias vocálicas en -i-o de la rima de los versos pares:

Llorando está Manzanres,
al instante que lo digo,
por los ojos de su puente,
pocas hebras hilo a hilo,

(14) Vid. Luis de Góngora y Argote, *Obras completas*, recopilación, prólogo y notas de Juan Millé y Giménez e Isabel Millé y Giménez, Ed. Aguilar, Madrid, 1956, pág. 220. El soneto indicado aparece en la pág. 460.

(15) Vid. Quevedo, *Poesía original completa*, Ed. Blecua..., pág. 730.

(16) *Op. cit.*, pág. 1051-1056.

cuando por ojos de agujas
pudiera enhebrar lo mismo,
como arroyo vergonzante,
vocablo sin ejercicio.

Más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino
de la taberna, que lleva
con todo su armandijo...

Esta coincidencia de las vocales en la rima lleva consigo la repetición de algunos vocablos y motivos en los dos romances, aunque el primero tenga predominante acento satírico y el segundo se explaie más en descripciones de los bañistas y de las meriendas junto al río en el atardecer estival.

Los interminables juegos de palabras o de frases hechas llenan de recovecos y equívocos la significación de las cuartetas. Nuestro río se mueve poco, por falta de *gotas*, mientras que a los reumáticos les pasa lo mismo, precisamente por la *gota*. La ausencia de *gota* inmoviliza al Manzanares y lo estanca, igual que la presencia de la *gota* retiene a los enfermos y les estorba el movimiento: «al revés de los gotosos, / ya no se mueve estantío; / pues de no gota es el mal / de que le vemos tullido».

Descubre a continuación: «No alcanza a la sed el agua, / en su madre, a los estíos; / que, facistol de chicharras, / es la solfa de lo frito». *No dar una sed de agua* es una expresión familiar que se emplea para ponderar la mezquindad de quien no da ni agua ni siquiera la sed de ella. Quevedo, en el *Cuento de cuentos*, «donde se leen juntas las *vulgaridades rústicas* que aún duran en nuestra habla», menciona esta locución con desdén: «¿Qué será *no dar a uno una sed de agua*, que tan frecuente se oye en las quejas de los amigos y de los criados? Y *hacer bailar el agua delante*, ¿es a propósito?» (17). *Bailar el agua delante* es el octosílabo n.º 161 de este mismo romance.

Con respecto a la cuarteta últimamente señalada, es notable advertir la unión de la disemia de *madre*, aquí en su sentido de cauce seco, junto al facistol de la cigarra y su canto monótono, evocador del calurosísimo estío madrileño. Todo enlazado en la magia de un círculo verbal, sobremanera grávido.

El humor negro llegará a su máxima expresión subestimadora de la corriente del Manzanares en la cuarteta que dice:

Con azadones y espuelas,
son gabachos y coritos
sepultureros del agua
en telarañas de vidrio.

(17) Véase el *Cuento de cuentos* en Quevedo, *Prosa festiva*, edición, prólogo y notas de Alberto Sánchez, Edics. Castilla, Madrid, 1949, págs. 320 y 542. Muy recomendable es la reciente edición de Pablo Jauralde Pou: Quevedo, *Obras festivas* (Madrid, Castalia, 1981); el *Cuento de cuentos*, págs. 147-169.

Personificación del Manzanares

Volviendo al romance de nuestro comentario, podemos considerarlo dividido en dos partes muy desiguales: la que comprende las cinco primeras cuartetas y la que se extiende a las veinte restantes,

En la primera, el poeta se dirige al río en son de amigo que incita a la confianza. También pudiera ser el propio Madrid quien habla y alega no tener secretos con el río familiar.

Se abre la primera cuarteta con la indicada reduplicación —«Manzanares, Manzanares»—, figura muy corriente en el estilo del romancero viejo: «Gerineldo, Gerineldo, / paje del rey más querido», «Abenámar, Abenámar, / moro de la morería», «Fonte frida, Fonte frida / Fonte frida y con amor», «Río verde, río verde, / tinto vas en sangre viva»...

Por cierto, que el último también lo parodió Quevedo en otro romance burlesco: «Viejo verde, viejo verde, / más negro vas que la tinta». Ni debemos olvidar el romance de Quevedo en que se burla del destino, pues comienza con el mismo recurso: «Fortunilla, Fortunilla, / cotorrérica de fama, / pues con todos los nacidos / te echas y te levantas»... (18).

Lo de «platicante de Jarama, / buena pesca de maridos» (1cd), aparte de reconocer que el Manzanares, «arroyo aprendiz de río» (1b), es afluente o tributario del Jarama muy cerca de la Corte, encierra la maligna asociación de los maridos a los toros, apacentados en sus orillas. Los toros del Jarama son referencia común en la literatura del Siglo de Oro.

Don Quijote exclama en una ocasión: «Para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas» (2.^a, LVIII). Y Góngora, en el romance aducido antes: «Solicitud diligente, / alcanzándoos a vos mismo / los abrazos de Jarama / Minotauro cristalino... / Y sepa luego de vos / todo cuerno masculino / que de sus agitaciones / está ya acabado el circo».

En cuanto al verso «en verano y en estío» (2b) no se trata de una pareja de sinónimos, como ocurriría en el lenguaje de hoy, puesto que se refiere a dos estaciones distintas, aunque inmediatas: la primavera o *verano* (del latín *ver*, *veris*) y el *estío* (hoy corrientemente *verano*). Una vez más debemos acudir al magisterio del *Quijote* para aclarar la cuestión: «Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: la primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno y el invierno a la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua» (2.^a, LIII).

En el Diccionario de Corominas se nos explica la historia del vocablo *verano*, introducido muy tempranamente en nuestra lengua: es «abreviación del latín vulgar *veranum tempus*, “tiempo primaveral”, derivado de *ver*, *veris*, “primavera”. Hasta el Siglo de Oro se distinguió entre *verano*, que entonces designaba el fin de la *primavera* y principio del *verano*; *estío*, aplicado al resto de

esa estación, y *primavera* que significaba solamente el comienzo de la estación conocida ahora con este nombre» (19).

«Las viejas en cueros muertos / las mozas en cueros vivos» (2cd), aparte de la punzante antítesis, implica un juego disémico, puesto que la expresión «en cueros» (desnudas) vale también por la *piel* de las personas: lozana y tersa en las jóvenes, macilenta y arrugada en las viejas.

La cuarteta n.º 3 con audacias tropológicas frecuentes en Quevedo, nos lleva a considerar las «derretidas canas» (3a) o nieves de los elevados riscos del Guadarrama (chollas en la jerga vulgar, repetida por el autor en prosa y verso) para «dar pistos» (3d) o alimentar la flaqueza del río.

Por último, en la copla n.º 4, la pregunta «qué género de sirenas / corta tus lazos de vidro» (cd) inquiere por la calidad de las personas que en el río se bañan, mediante nueva disemia de la palabra *sirena* (según el mito de la tradición helénica o la más profana adecuación a las cortesanas de turno). «Tus lazos de vidro» (4d) degeneran en «telarañas de vidro» al pasar al romance posterior, que comienza *Llorando está Manzanares*; como en «charquillos», los «dos charcos» de la cuarteta siguiente (5c). La desgastada metáfora (agua = cristal) se empaña en vidrieras turbias. Por si fuera poco, «hético» (muy flaco y tuberculoso), angosto y roído son los tres calificativos anuladores que recibe el sufrido Manzanares en la única estrofa de narración impersonal (5ab).

Y llegamos a la prosopopeya del río, puesto en pie dificultosamente, para darnos su discurso: «en pie se levantó y dijo» (5d). Verso que nos trae a la memoria el comienzo de la *Profecía del Tajo*, de fray Luis de León:

...el río sacó fuera
el pecho y le habló de esta manera

Quevedo, tan descuidado en la publicación de sus propios versos, tuvo gran interés por llevar a la imprenta los de fray Luis de León y Francisco de la Torre (1631), como antídoto frente al cultismo gongorino en boga creciente.

Río fantasmal y bañistas quiméricos

En las veinte cuartetos que integran el parlamento del río Manzanares, las primeras y las últimas contienen la confesión, insistentemente vejatoria, de los pecados y faltas que le caracterizan. Las restantes estrofas presentan un peyorativo desfile de ilusos bañistas, reducidos a mujeres más o menos equívocas y jóvenes afeminados.

En fuga descendente de una realidad ínfima, se desfleca en rápido muestrario de caricaturas expresionistas. El río se convierte en pretexto para enhebrar imágenes grotescas y sus bañistas se convierten en muñecos o «dominguillos» (12d), blanco evanescente de una sátira diluida en juego de comicidad intelectual.

(19) Cfr. Joan Corominas, *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* (Gredos, Madrid, 3.ª ed. muy revisada y mejorada, 1976, págs. 602); y *Entretenimientos gramaticales*, por don Rafael Pérez Barreiro (1862-1932), catedrático en el Instituto de La Coruña (La Coruña, Tip. El Ideal Gallego, 1935, págs. 97-100).

tual. Mundo lúdico de quimera y fantasía, cimentado en un prodigioso dominio verbal.

En la cuarteta 6 se lamenta el río de que el sol le haya sorbido el agua hasta el punto de que se mueren sedientas las ranas y los mosquitos. Quizá se inspira en la fábula esópica de Fedro, *Ranae ad solem*, con su querella ante Júpiter y contra el sol, desecador de lagunas y pantanos.

En la 7, el «río avariento», *frito* en los «infiernos» del estío madrileño, puede enlazar sin dificultad con el «facistol de las chicharras» que es la «solfa de lo frito» en el romance último (*Llorando está Manzanares*). En la 8, los «andrajos de agua» (a), mendigados a la arena (b), los *orina* con dificultad (d), con la ayuda de *candelillas* (c); es decir, los instrumentos utilizados por los cirujanos «para abrir la vía al que tiene mal de orina», según el *Tesoro* de Covarrubias, citado aquí por Blecua.

Las seis cuartetas que siguen se ensañan zumbonamente, entre burlas y veras, con las ropas y atuendos de las bañistas. Los «postizos» (9d) para disimular imperfecciones corporales, como las «mentiras de corcho» (10a) para dar una esbeltez fingida (mentirosa) a las usuarias; y los «embeleclos de vestidos» (10b), por la aparatividad de guardainfantes y polleras, con sus laberintos de alambre, ballenas, verdugados y enaguas (20): la mujer quedará reducida a un verdadero lío de ropa (10d) cuando se desnude en las orillas del río.

Las cuartetas 11 y 12, en forma de interrogación retórica, disparan una nueva andanada quevedesca dirigida a las *dueñas*, verdadera obsesión de nuestro poeta. Las imágenes en este caso van asociadas con la idea de la muerte. Como advierte Crosby, a Quevedo le gustaba relacionar la vejez extrema de estas dueñas con imágenes conceptuales de la muerte, y compara el «pésame dominico» (11b) de este lugar con el «lechuzo de requiem» en el romance de las *Advertencias de una dueña a un galán pobre*: «Una picaza de estrado / entre mujer y serpiente»... (21).

La cuarteta 11 está cimentada sobre un fuerte contraste de blanco y negro, fundado en el hábito de los dominicos, que ayudarían a bien morir; y podríamos ilustrarla con otra del mismo Quevedo en el romance titulado *Desmiente a un viejo por la barba*:

Sobre blanco, capa negra
es mocedad dominica:
hoy tinta y ayer papel
barba será escribanía.

¿Qué cosa es ver a una dueña,
un pésame dominico
responso en caramanchones,
medio nieve y medio cisco... (22).

(20) Vid. José Deleito y Piñuela, *La mujer, la casa y la moda en la España del Rey Poeta*, Espasa-Calpe, Madrid, 1946).

(21) Vid. Quevedo, *Poesía varia*, edición de James O. Crosby, Edics. Cátedra, Madrid, 1981, págs. 428 y 420-423).

(22) Vid. Quevedo, *Poesía original...*, Ed. Blecua..., págs. 798-799 y 880.

Pero aún hay más: esta dueña es *pésame* (11a), *responso* (11b), *cecina* (12b) *ánima en pena* (12c) y *chisme* con dominguillos (12d), verdadera letanía macabra para terminar con nueva alusión a las redundancias del ropero femenino. Dos sonetos de Quevedo completarán estas visiones de humor tétrico; dirigido el primero a una *Vieja verde, compuesta y afeitada*, es decir, exageradamente maquillada, dice así en el segundo cuarteto:

Tú juntas, en tu frente y tu cogote,
moño y mortaja sobre seso orate;
pues, siendo ya viviente disparate,
untas la *calavera* en almodrote.

Y el segundo, destinado también *A una vieja*, termina con un terceto graciosamente aniquilador.

Tumba os está mejor que estrado y sala;
cecina sois en hábito de arpía,
y toda gala en vos es martingala.

Volviendo a nuestro romance, la metátesis de *caramanchones* (11c) por *camaranchones* puede ser una insistencia en la cara manchada, o sucia y oscura de la dueña de marras.

Las coplas 13, 14 y 15 se refieren principalmente a las faenas de limpiar la ropa (enjuagaduras, colada, rastrillo), a la vez en los dos sentidos, directo y traslaticio; y a los afeites y cosmética más burdos de la época. «Vienen cornejas vestidas / y nadan después erizos» (14cd) alude otra vez a las artificiosas y encubridoras prendas del vestido femenino. Nos recuerda la venerable tradición de esta imagen en nuestra literatura, pues ya decía el Arcipreste de Hita:

...ferrnosa, e non de suyo, fuese para la igreja;
algunas fazen esto que fizo la corneja (23)

El mismo Quevedo en su soneto bastante sucio, «Pinta el *Aquí fue Troya* de la belleza», se refiere también al «aliño, imitado a la corneja». De la misma composición, el endecasílabo «la piel, que está en un tris de ser pelleja» está en la línea de los «cueros muertos» de nuestro romance (2c).

En la copla 16 se canta al único varón «de camisón» (c) entre los bañistas del Manzanares, si bien afeminado: «mancebito» (a) y «mulato de entresijo» (b). El «cuello azul» (a) que luce, emparentado con el «Yo, cuello azul pecador» de otro romance, sugiere a Blecua la fecha de 1623 para las dos composiciones, ya que el 22 de marzo de ese año se publicó una famosa *Pragmática* de ordenación suntuaria, en la que se reprimía el lujo, se prohibía el oro en los vestidos y llevar cuellos escarolados, que habían de ser sustituidos por valonas llanas (24).

En las cuartetas restantes el río vuelve a hablar de sí mismo y se consuela un tanto de las estantiguas que lo invaden durante la estación calurosa, gracias

(23) Vid. *Libro de Buen Amor*, copla 286, edición y versión de Pablo Jauralde Pou, Edics. Tarraco, Tarragona, 1981, pág. 142.

(24) Vid. Quevedo, *Poesía original...*, Ed. Blecua..., págs. 881 y 882.

a la presencia de una Filis agraciada (19c), símbolo de la idealización femenil en la poesía clásica: «cielo cristalino» (19d) comparable a los «cielos de Clarinda» del romance «Llorando está Manzanares». Clarinda, la clara y virtuosa mujer, frente al esperpento de dueñas viejas y sirenas ucrónicas.

Apenas comenzaba a clarear el ambiente, surge la autocorrección y la broma, a costa del tópico manido «dientes de perlas»: «Río de las perlas soy / si con sus dientes me río...» (20ab). Que nos lleva al divertido comienzo de otro romance quevedesco, *Procura enmendar el abuso de las alabanzas de los poetas*:

¡Qué preciosos son los dientes
y qué cuitadas las muelas,
que nunca en ellas gastaron
los amantes una perla! (25)

Al mismo blanco apuntaba la *Premática del desengaño contra los poetas güeros, chirles y hebenes*, incorporada al texto del *Buscón*, tras de su aparición independiente.

La contraposición mitológica de la cuarteta 21 entre el Mar de las Sirenas y la fuente de Narciso (en plano inferior, de las daifas y los lindos) nos lleva a la de los ríos Lete y Nilo, en la 22, que vienen a representar dos símbolos enfrentados de la villa y corte. A esta luz, el Manzanares, como cualquier pretendiente, experimentará un «olvido de méritos y esperanzas» (22ab) y vivirá entre «peligros y milagros» (22cd).

Termina el poema con una morigerada apoteosis, el «hartazgo de gloria» (25c) del río, más bien equívoca, tras de sus confesadas «desventuras» (25a).

En medio queda una curiosa copla (24, la penúltima), en que la extremada afición de Quevedo por la lengua popular, viva y espontánea, le lleva a rehacer en deleitosa complacencia tres frases gemelas del tipo de «mano a mano», «dedo a dedo», «boca a boca», «paso a paso», etc.

Flor a flor y rosa a rosa,
si abril se precia de lindo,
de sus mejillas le espera
cuerpo a cuerpo el Paraíso.

Estas parejas dobladas, apacibles y bien avenidas, nos llevan a considerar, por contraste, el dualismo conceptista y antitético, fundamental en el estilo de Quevedo, tanto en prosa como en verso (26).

En el romance analizado podríamos cifrar esta dicotomía excluyente en el término *dominico*, por su referencia a la oposición blanco y negro, luz y sombra, «cueros muertos» y «cueros vivos», nieve y cisco, cornejas y erizos, el Leteo y el Nilo, el misero Manzanares y el opulento Guadalquivir.

(25) *Op. cit.*, pág. 874.

(25) Sobre el estilo de Quevedo pueden leerse estimaciones muy apreciables en Francisco de Quevedo, edición de Gonzalo Sobejano, Taurus, Madrid, 1978 y en Francisco Rico, *Historia y crítica de la Literatura Española*, tomo III, preparado por Bruce W. Wardropper, *Siglos de Oro: Barroco*, Ed. Crítica, Barcelona, 1983. Asimismo presentan agudas sugerencias los libros sobre Quevedo de Ramón de Garciasol, Espasa-Calpe, Madrid, 1976, Col. Austral n.º 1608, y de Manuel Durán, EDAF, Madrid, 1978, Col. Escritores de todos los tiempos, 2.

Muy al fondo, quedan otras antítesis del mejor Quevedo: la cuna y la sepultura, el pañal y la mortaja, el hielo abrasador y el fuego helado, «Fue sueño ayer, mañana será tierra», «Fuego a quien tanto mar ha respetado», «Si cuna y no sepulcro pareciere», «Mejor vida es morir que vivir muerto»...

Este es Quevedo, íntimamente desgarrado en dilemas y contradicciones: escritor serio y grotesco, político reaccionario y empapado de modernidad, neoestoico y gozador, intelectual y popularista, eximio escritor que exalta las armas sobre las letras; en fin, lector de Montaigne, pero traductor de San Francisco de Sales.

Que no en balde le pudo llamar René Bouvier *homme du diable, homme de Dieu*.



